



Monasterio *Corpus Christi*. Jerónimas de Madrid.

Dirección postal C/ Raimundo Fernández Villaverde, 57-9ºD 28003 MADRID

Horario y teléfonos De lunes a viernes:

9:00 - 14:00 / 16:00 - 20:00

Sábado: 10:00 - 13:30

Sede: 915 539 671 / 619 525 861

Personal: 661 41 52 63

Donativos Cuenta (Banco Santander):

ES79 0075 7007 8906 0507 1916

A nombre de: Instituto Pontificio CLAUNE

Bizum: 06886

E-mail: Información: info@claune.org

Dirección: direccion@claune.org

Asistente: asistente@claune.org

Área formativa: formacion@claune.org

Ayudas monasterios: ayudas@claune.org

Socios: socios@claune.org

Petición de oraciones:

peticiones@claune.org

Página web: www.claune.org

SUMARIO

EDITORIAL

- *Dilexi te*..... 226

LA VOZ DEL PAPA

- Homilía del Papa León XIV en el Jubileo de la Vida Consagrada 227

ANTROPOLOGÍA CRISTIANA

- El apetito sensible y las pasiones. *Hna. María Gómez De Leo, MD*..... 230

LA CAÍDA

- TEOLOGÍA. El pecado y sus condicionantes. *Eduardo Torano López*. 237

- ESPIRITUALIDAD. Amor de arrepentimiento y de misericordia. *P. Juan Carlos Ortega Rodríguez, L.C.* .. 241

- LITURGIA. El Pregón Pascual a la luz del misterio de la caída. *José Antonio Goñi*..... 246

TEMA DE ACTUALIDAD

- Peregrinos de la esperanza. *P. Juan Carlos Ortega Rodríguez, L.C.* .. 251

LIBROS Y PÁGINAS WEB

- Meditaciones sobre la Maternidad de María. *Ana María Rodríguez López*. 254

CONTEMPLANDO

- Tradición y legado del belén en las clausuras de España. *Almudena Alegre Díez*. 254



debilidades. A Dios no le asustan nuestros errores y pecados. Su gran amor de misericordia y nuestro pequeño amor de arrepentimiento, unidos, son más fuertes que el pecado. El verdadero arrepentimiento humano debe llegar hasta la confianza plena en el amor

misericordioso de Dios.

Ante el propio pecado, no desanimarnos: mirar a Jesús, descubrir el amor del Padre, renovar nuestro pobre amor y poner nuestros pecados en sus manos, para que los perdone y nos ayude, si lo juzga oportuno, a no pecar más.

*P. Juan Carlos Ortega Rodríguez, L.C.
Director del Instituto Pontificio CLAUNE*

LA CAÍDA

Liturgia

El Pregón Pascual a la luz del misterio de la caída

¡Feliz culpa que mereció tal Redentor!

En el silencio de la noche santa, cuando el mundo parece dormido y las sombras aún recuerdan el peso de la caída, una llama se enciende en medio del templo. No es aún la claridad plena del día, pero es suficiente para que los ojos del corazón despierten. La liturgia de la Vigilia Pascual, madre de todas las vigiliyas, es un diálogo sagrado entre la historia herida de la humanidad y la sobreabundancia de la gracia. Y en ese diálogo, el Pregón Pascual —*Exsultet*— alza su voz como un heraldo que anuncia lo inaudito: ¡La luz ha vencido a las tinieblas! ¡La muerte ha sido derrotada por el Viviente!

Pero no hay victoria sin batalla, ni resurrección sin sepulcro, ni gloria sin cruz. Por eso, para saborear la alegría del Pregón, debemos dejarnos alcanzar por el eco antiguo de la caída, ese drama primero que se perpetúa en tantas formas en el corazón del hombre. Como enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica* en los números 385 a 421, el pecado original no es simplemente un mito de los orígenes, sino una clave de lectura de toda la existencia humana: su herida más profunda, pero también el lugar donde se revela la medicina divina.



I. La noche de la humanidad: memoria de la caída

«Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo», canta el salmo previo al evangelio de la resurrección de la Vigilia. Pero no es posible reconocer el «día del Señor» si no se atraviesa, con el corazón vigilante, la noche del hombre. Y esa noche tiene un nombre: la caída.

El Pregón Pascual es, paradójicamente, un canto que brota de la herida. Es un cántico de júbilo, pero no ignora el drama que lo precede. Su tono exaltado no es ingenuidad litúrgica, sino certeza nacida de la experiencia pascual: la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la han vencido (cf. Jn 1,5). Por eso, ya en sus primeras palabras, el Pregón nos introduce en una tensión: el gozo que nace en la noche.

«Alégrese la tierra, inundada de tanta claridad», dice. ¿Y por qué la tierra habría de alegrarse, si no fuera porque ha sido redimida de algo que la tenía esclavizada? ¿Y qué era ese yugo sino la herencia de Adán, ese pecado de origen que, como recuerda el *Catecismo* (núm. 404), se transmite «por propagación, a toda la humanidad»? Esta noche santa

sólo tiene sentido si recordamos la noche primera: la desobediencia en el jardín, el árbol usurpado, la promesa traicionada, la muerte como salario del pecado (cf. Rom 6,23).

Para quien vive en la clausura, esta historia no es lejana. Cada alma es como un nuevo jardín, donde se libran las mismas batallas. Y cada comunidad monástica es, en cierto modo, una pequeña humanidad redimida, pero aún peregrina. La memoria de la caída no es una abstracción teológica, sino una vivencia cotidiana: en el combate interior, en las tentaciones sutiles, en el cansancio del espíritu, en el deseo herido que sólo se aquieta en Dios.

Pero es precisamente ahí, en esa noche compartida con Adán y Eva, donde la promesa empieza a brillar. Porque incluso al ser expulsados del Edén, el Señor los cubre con túnicas de piel (cf. Gen 3,21): ya entonces, en la pedagogía divina, resuena el anuncio de una redención futura. El *Exsultet*, al cantar la noche pascual, la presenta como la noche del «paso» definitivo: del pecado a la gracia, de la muerte a la vida, de la culpa al perdón.

II. La noche iluminada: el Cordero inmolado y glorioso

«El cielo se alegra, la tierra se llena de gozo, y la Iglesia entera canta el triunfo de su Señor resucitado». Este es el corazón del Pregón: un triunfo celebrado no en el mediodía del mundo, sino en medio de la noche. Esa noche en que Israel salió de Egipto; esa noche en que Cristo, el nuevo Moisés, descendió a las profundidades del abismo humano para romper las cadenas de la muerte.

Pero para comprender la profundidad

de este anuncio, hemos de volver nuestra mirada al Cordero. No cualquier cordero, sino aquel prefigurado en el sacrificio pascual, inmolado en Egipto, signo de liberación y sangre de salvación. El Pregón proclama: «Este es el Cordero que quita el pecado del mundo», y en su voz resuena la de Juan el Bautista, eco fiel de Isaías. Este Cordero no viene a vengar la caída, sino a asumirla. No destruye a los culpables, sino



que se deja destruir por ellos.

Aquí el misterio de la caída se encuentra con el de la redención en un abrazo insondable. Como enseña el *Catecismo* (núm. 407), el pecado original ha puesto a la humanidad bajo el dominio del «poder del Diablo», pero ese poder no es absoluto. «No se puede ignorar que nadie es arrastrado al mal sin su consentimiento», dice la tradición monástica. La redención no anula la libertad, sino que la restaura desde dentro, devolviéndole su horizonte último: el amor.

En esta noche, entonces, el silencio del sepulcro se rompe con el canto

del Resucitado. Y en ese canto hay un matiz esencial: Cristo no resucita solo. Desciende a los infiernos no como un espectador, sino como Redentor. Sube trayendo consigo a Adán y Eva, como muestran los iconos de la tradición oriental. ¡La humanidad caída es rescatada desde lo más hondo! El abismo ha sido habitado por Dios.

¿Puede haber mayor consuelo para un alma consagrada, tantas veces consciente de su fragilidad, que esta certeza? No hay noche que él no conozca, ni caída que él no haya tocado. Toda desesperanza es vencida por el poder humilde de su entrega.

III. «¡Oh feliz culpa!»: el misterio de una redención mayor

El centro teológico y poético del Pregón Pascual resplandece en esta frase insólita, casi escandalosa si no se mira con ojos de fe: «¡Oh feliz culpa que mereció tan grande Redentor!».

Esta exclamación resume la paradoja del cristianismo: el mal ha sido vencido no por fuerza ni por castigo, sino por sobreabundancia de amor. La culpa, que trajo muerte, ha sido el umbral por el que entra la vida. No porque el mal se vuelva bien, sino porque Dios, en su infinita sabiduría y libertad, ha sabido sacar del mayor desastre la mayor gracia.

La tradición patristica se asombra ante este misterio. San Ambrosio dirá: «Dios no quiso eliminar la culpa sin dignarse asumirla». Y san Agustín, cuya reflexión influye en los números 385–421 del *Catecismo*, afirmará que «Dios juzgó mejor sacar bienes del mal que no permitir que existiera mal alguno». No se trata de justificar el pecado, sino de

confesar que la gracia es mayor que él.

¿Y qué significa para la vida monástica esta «feliz culpa»? Tal vez no hay otro lugar en el mundo donde esta expresión resuene con tanta fuerza. Porque en la clausura no se huye del pecado — sería imposible —, pero se le enfrenta desde la presencia sanadora del crucificado. En la liturgia coral, en la oración silenciosa, en la penitencia diaria, el alma aprende no a negar su miseria, sino a convertirla en altar. Como enseñan las santas y santos de claustro: Dios hace de nuestras ruinas un templo nuevo.

Y aquí aparece otra verdad pascual: no hay pecado que no pueda ser abrazado por la misericordia. Esta afirmación, tantas veces repetida y quizá banalizada, adquiere una luz distinta cuando se vive en la escuela del corazón, en ese desierto fecundo que es el monasterio. Porque allí, en la desnudez del alma que se descubre pobre, culpable, débil, resuena la melodía de esta noche: la



culpa puede convertirse en gracia, si es entregada al Redentor.

No olvidemos que Cristo ha destruido el pecado y la muerte. El hombre caído ha sido levantado. Por eso, el alma herida, que ha sido tocada por la gracia,

se atreve a cantar lo inaudito: «Oh noche que destruye el pecado, lava las culpas, devuelve la inocencia...». El pecado no tiene la última palabra. La tiene el amor. Y ese amor, una vez revelado, no calla. Canta.

IV. El canto nuevo de la Iglesia: el Pregón como oración contemplativa

Más que un texto proclamado, el Pregón Pascual es un acto de adoración. No sólo anuncia una verdad, sino que la celebra. Es como un canto de los ángeles aprendido por la Iglesia, un eco del Aleluya eterno que resonará en la Jerusalén celeste. Pero no es un canto abstracto, sino nacido del barro redimido. Por eso se eleva desde la noche, desde la experiencia de la caída, como una antífona de luz.

En la tradición monástica, el canto ha sido siempre forma privilegiada de oración. El canto coral, humilde y perseverante, es una imagen viva del Pregón. Y no sólo porque se canta, sino porque se canta juntos. El Pregón es un «nosotros» pascual: «Alégrese también nuestra madre la Iglesia», clama, y al hacerlo abraza a todos sus hijos, incluso a los más lejanos, incluso a los que han caído.

De hecho, todo el Pregón está atravesado por el hilo de la intercesión. No es un canto egoísta de victoria, sino una súplica agradecida por la salvación universal. El monje, en su celda, repite ese mismo gesto: hace de su vida una vigilia, una lámpara encendida, una custodia del mundo. Y así, su existencia se convierte en Pregón: silencioso, escondido, pero real. Su canto es sin voz, pero su eco alcanza el corazón de Dios.

En este sentido, el Pregón no es solo una pieza litúrgica, sino una espiritualidad. Una forma de vivir desde la resurrección, sin negar las heridas, pero confiando en que la luz no será vencida. Como enseña el *Catecismo*: «Dios permite el mal para sacar de él un bien mayor» (núm. 412). Este es el dinamismo pascual: no huir del mal, sino ser transformados por el amor.

V. La noche y el día en la vida monástica: vigilar con María

El Pregón Pascual comienza con una invitación al gozo, pero no lo hace desde la euforia, sino desde la vigilia: «Exulten por fin los coros de los ángeles, exulten las jerarquías celestes...». Es un gozo vigilante, como el de las vírgenes sensatas que esperan al Esposo con las lámparas encendidas. La monja o el monje que ha hecho del «esperar a Cristo» su oficio cotidiano comprende de manera especial este canto.

La vida en clausura es una existencia pascual en lo escondido. No busca el ruido del mundo, pero no por eso se desentiende de sus heridas. Más bien, las asume en su oración, en su silencio, en su intercesión constante. La celda, entonces, se convierte en sepulcro y en altar, en lugar de muerte al yo viejo y resurrección del hombre nuevo.

¿Y quién mejor que María para acompañar este tránsito pascual? Ella, la



nueva Eva, permanece firme junto a la cruz, donde la primera Eva se escondió. Ella acoge al Redentor en su carne para que el mundo pueda ser salvado desde dentro. Ella guarda en su corazón cada palabra, incluso las que atraviesan su alma como espada. En la noche santa, María es figura de la Iglesia que espera, que custodia la promesa en el silencio, que cree contra toda esperanza.

En la espiritualidad monástica, María es madre, maestra y modelo. Como enseña el *Catecismo* (núm. 411), en ella se cumple de forma eminente la promesa del Protoevangelio: es la mujer cuyo hijo aplastará la cabeza de la serpiente. Ella es la única criatura preservada de

la caída por los méritos anticipados de Cristo. Y por eso, es testimonio viviente de lo que la gracia puede hacer cuando encuentra un corazón pobre y disponible.

Vivir el Pregón Pascual con María es vivirlo en la escucha, en la humildad, en la contemplación. No todos los cantos requieren voz: algunos se elevan desde las lágrimas, desde la fidelidad silenciosa, desde el abandono confiado. Ese es el canto que brota en los monasterios en la noche pascual: un canto que no busca aplauso, sino comunión. Un canto que une el tiempo y la eternidad, la historia y la promesa, la caída y la gloria.

Conclusión: vivir del Pregón en la espera del día sin ocaso

El Pregón Pascual no termina con su última nota. Su eco permanece. Se inscribe en el ritmo litúrgico del año, pero sobre todo en el corazón creyente. Porque si el *Exsultet* canta la victoria de Cristo, es para que esa victoria se haga carne en cada creyente, en cada comunidad, en cada día.

Para quien vive consagrado en la clausura, el Pregón es como una partitura oculta que da forma a la jornada entera: despertar como quien espera la luz, orar como quien vela por el mundo, trabajar como quien coopera con el reino, descansar como quien confía en la resurrección. Y todo eso con la conciencia viva de la caída, no como carga paralizante, sino como punto de partida para la esperanza.

El *Catecismo* concluye su reflexión sobre el pecado original con una afirmación luminosa (núm. 421): «Cristo murió por todos los hombres sin excepción:

“No hay, pues, que dudar que todos los hombres están llamados a este mismo destino: la vida divina”». Esta es la buena nueva que el Pregón anuncia y que cada monje y cada monja están llamados a custodiar con su vida: el pecado no tiene la última palabra, porque ha sido dicho el nombre que está sobre todo nombre: Jesucristo, Señor y Salvador.

Así, en esta noche santa —la única en que se canta el *Exsultet*—, toda la creación parece contener el aliento. Y el monasterio entero se convierte en templo del resucitado. Cada cirio encendido, cada salmo entonado, cada silencio habitado proclaman la misma verdad: la caída ha sido asumida, y la muerte ha sido vencida. Por eso podemos cantar: «Feliz la culpa que mereció tal Redentor».

Y mientras aguardamos el Día sin ocaso, mientras todavía caminamos entre luces y sombras, el Pregón nos ofrece un



anticipo: no un triunfo ruidoso, sino un canto sereno, humilde y poderoso como la cruz. Un canto que no cesará nunca

en la liturgia celeste. Y al que, ya desde ahora, la vida monástica se une como primera voz del alba.

*José Antonio Goñi Beásoain de Paulorena
Prefecto de Liturgia de la catedral de Pamplona*

TEMA DE ACTUALIDAD

Peregrinos de la esperanza

Jubileo del Deporte (15 de junio)

El Papa León XIV explicó la relación entre Dios y el deporte. «El deporte puede ayudarnos a encontrar a Dios porque requiere un movimiento del yo hacia el otro, ciertamente exterior, pero también y sobre todo interior. Sin esto, se reduce a una estéril competencia de egoísmos». «No se trata solo de dar una prestación física, quizá extraordinaria, sino de darse uno mismo, de «jugársela». «Se trata de entregarse por los demás -por el propio crecimiento, por los aficionados, por los seres queridos, por los entrenadores, por los colaboradores, por el público, incluso por los adversarios- y, si se es verdaderamente deportista, esto vale independientemente del resultado». Por último, afirmó que el deporte es una escuela de vida porque «allí se aprende a perder», a reconciliarse con la propia «fragilidad, límite e imperfección».

Jubileo de los Gobernantes

(22 de junio)

El Papa León XIV planteó tres consideraciones. En primer lugar, promover y

proteger el bien común. “Esto significa, por ejemplo, trabajar para superar la inaceptable desproporción entre la inmensa riqueza concentrada en manos de unos pocos y la pobreza de tantas personas en el mundo”. La segunda reflexión giró en torno a la libertad religiosa y el diálogo interreligioso. “La creencia en Dios, con los valores positivos que de ella se derivan, es una inmensa fuente de bondad y verdad para la vida de las personas y de las comunidades”. Como tercer aspecto, precisó que “un punto de referencia esencial es la ley natural, escrita no por manos humanas, sino reconocida como válida en todos los tiempos y lugares, y que encuentra su argumento más plausible y convincente en la propia naturaleza.”

Jubileo de los Seminaristas

(24 de junio)

En la homilía del Jubileo de los seminaristas, el Papa León XIV enfatizó la importancia de la esperanza, la alegría y la misericordia en el camino hacia el sacerdocio. El Papa instó a los seminaristas a ser testigos del Evangelio con